

VIDA Y RELATO EN LAS MEMORIAS DE JULIÁN MARÍAS¹

Life and Narration in the Memoirs of Julián Marías

EPICTETO DÍAZ NAVARRO

Universidad Complutense de Madrid

epidiazn@ucm.es

ORCID: 0000-0001-6708-8025

Recibido: 16-11-2023

Aceptado: 23-5-2024

DOI: 10.51743/cilh.vi50.433

RESUMEN

En este artículo se examinan las Memorias de Julián Marías, tituladas *Una vida presente*, originalmente redactadas entre 1988 y 1989. Se presta especial atención, desde los años 30 hasta los años 50, al contenido, organización y la posición intelectual de Marías. En esa obra veremos que la representación autobiográfica parte del concepto de «vida personal» y su filosofía vitalista.

PALABRAS CLAVE: memorias; persona; Julián Marías; campo cultural; vitalismo.

ABSTRACT

This article examines the Memoirs of Julián Marías, titled *Una vida presente*, originally written between 1988 and 1989. Special attention is paid, from the 1930s to the 1950s, to the content, organization, and intellectual position of Marías. In this work we would see that the autobiographical representation is based on the concept of «personal life» and his vitalist philosophy.

KEY WORDS: Memories; Person; Julian Marías; Cultural Field; Vitalism.

¹ Una versión inicial de este trabajo se presentó en el curso dedicado al filósofo en el Campus de Soria de la Universidad de Valladolid, en julio de 2023.

INTRODUCCIÓN

«Hablador generoso e infatigable, siempre le he envidiado su formación tan sólida. Le debo mucho como escritor»

Javier Marías

ESTAS PALABRAS de uno de los hijos de Julián Marías, ambos tan poco proclives a la efusión personal, no resultan hiperbólicas ni son tan solo las protocolarias que un hijo dirige a su progenitor. Son testimonio de una admiración que mantuvo el novelista toda su vida y que en ocasiones venían a subrayar la buena relación entre ellos y que muchos lectores del novelista podían considerar poco relevante². La talla intelectual de Julián Marías era conocida por muchos, y no solo se muestra en su figura pública desde los años setenta, sino sobre todo en la extensa y variada obra que dejó y, creo, que una parte digna de atención en esta son las memorias que publica a finales de los años ochenta con el título *Una vida presente* que constituyen también una obra de gran interés para quienes quieran conocer la historia intelectual del siglo XX en España. En ellas se plasma su concepción de la vida, el concepto de persona y de sujeto, y también la importancia que atribuye a la infancia, a la educación y como en algunas ocasiones se refiere al humanismo cristiano que ancla su extensa producción ensayística y filosófica.

Hay que puntualizar que contamos con dos ediciones de *Una vida presente*: la primera en Alianza en tres volúmenes, cuya publicación se separa solo unos meses entre 1988 y 1989; y una segunda edición,

² Entre las excepciones merece citarse un trabajo de Santiago Bertrán «La visión responsable de Javier Marías: Una narrativa entre el pensamiento y la literatura como reconocimiento de Marcel Proust» [2019], donde apunta la importancia de la responsabilidad y la ética en el novelista. Obviamente muchos han señalado su dimensión ética, pero no la coincidencia de sus planteamientos con los de su padre.

«corregida», en la editorial Páginas de Espuma del año 2008 (tres años después de la muerte de su autor)³. Además, Marías escribió otros textos autobiográficos, según veremos, en volúmenes y en artículos de prensa, al incluir en numerosas ocasiones su posición de testigo en cualquiera de los temas que trata, pero resultarían complementarios a este amplio registro de su vida.

Hay que recordar, haciendo un inciso, que desde finales de los años 70 se produce en nuestro país una eclosión de la escritura del yo (autobiografías, memorias, diarios); las distintas escrituras que se centran en la vida de un autor y que, desde la desaparición del régimen franquista reciben un notable impulso. Entre las obras que cronológicamente coinciden con la que aquí comentamos pueden citarse *Descargo de conciencia (1930-1960)* de Pedro Laín Entralgo (nacido en 1908), que había aparecido en la temprana fecha de 1976. Laín se pregunta retóricamente al comienzo de su relato si se trata de un ajuste de cuentas consigo mismo y responde que no solo, pues no hace falta escribir un libro para eso, y lo que también para él es importante es la autoexploración y este es un rasgo presente en muchos textos de este tipo. No se puede olvidar que publicar su libro en la editorial Seix Barral era una reconocible marca de la oposición al franquismo, y señalar que la escritura de Laín había comenzado antes del cambio de régimen⁴. También contamos con las memorias del poeta y editor Carlos Barral que comienza con *Años de penitencia* (1975) o, más adelante, las del psiquiatra Carlos Castilla del Pino *Pretérito imperfecto. Autobiografía* (1997), cuyos nacimientos, respectivamente en 1928 y 1922, se distancian solo unos años respecto al de Marías, en 1914.

³ Esta nueva edición no presenta ningún prólogo nuevo, de manera que no se puede asegurar que el escritor hubiese revisado el resultado final. En los índices se incluyen también los títulos de los subcapítulos, que no aparecían antes. En cualquier caso, hay que agradecer el impulso a la lectura de la obra 19 años después de su publicación original.

⁴ La primera nota al pie de Laín indica que las primeras páginas fueron escritas antes de la muerte de Dionisio Ridruejo, ocurrida en junio de 1975.

Al margen de las coincidencias lógicas en el retrato de una época, hay distintos aspectos que singularizan las memorias de Julián Marías, pues no podemos olvidar lo que constituye un núcleo de su reflexión filosófica durante esos años de redacción y los previos y posteriores, que tendrían que ver con su exploración del concepto de persona, que se relaciona con la «razón vital» de Ortega. Tanto en *Antropología filosófica* (1970) como en *Mapa del mundo personal* (1993) se proponía explorar el ámbito de la persona, pues el hombre no vive solo en un espacio físico sino también en el de la convivencia, el mundo humano. El segundo de estos libros apenas se distancia cuatro años de la planificación de sus memorias, con lo que vemos que pudieron solaparse en su planificación. Se trata ya del pensamiento maduro de Julián Marías en una época que se caracteriza por una enorme fecundidad: entre ediciones y reediciones encontramos tratados filosóficos, libros sobre Ortega, sobre el cristianismo, sobre cine, y como no, sobre literatura. Parece que no quería dejar nada en el tintero.

No me es posible extenderme en reflexiones filosóficas, pero creo que, en el largo esfuerzo de escritura de *Una vida presente*, al igual que en los libros dedicados al estudio de la persona, encontraríamos una respuesta a buena parte del pensamiento moderno sobre el sujeto. El lector voraz que fue Julián Marías, a finales de los ochenta, ya conoce la cadena que posibilita los géneros del yo, que resultarán impulsados por la Modernidad: las *Confesiones* de San Agustín; el *Libro de la vida* de Teresa de Jesús; los *Ensayos* de Michel de Montaigne y las *Confesiones* de Jean-Jacques Rousseau. Está claro que por la importancia que desde joven otorga a la vida Marías ha reflexionado sobre la complejidad de estos géneros, y es consciente de la distancia entre el yo autor que firma el texto, el yo narrador y el yo personaje: no es para él decisivo caracterizar el yo representado frente a la ficción (su proximidad a esta) sino que le preocupa la posibilidad de captar la vida, la persona, el referente complejo en sí, donde se admite no solo lo real, sino también lo no ocurrido, lo imaginado o lo deseado.

Tal y como ha señalado Enrique González Fernández en «La vida como realidad radical en el pensamiento de Julián Marías» [2016], la vida es un concepto fundamental al igual que lo es para su maestro Ortega, y en ambos casos es «el ámbito en el que se encuentran todas las realidades», como Julián Marías especificaba en *Razón de la Filosofía*: la vida no es cosa, ni material ni espiritual, consiste en «hacer o quehacer» [1993b: 103], un término este último predilecto de Marías que le parece inmejorable para definir al ser humano. Con esto se relaciona el concepto orteguiano de razón vital, que Marías reconoce en el origen de su propio pensamiento y añade que la vida no es solo biología, sino que tiene que ser algo cualitativamente distinto, «vida biográfica». De este modo no puede resultar secundario contar la vida propia, y mientras San Agustín y otros han dado un especial privilegio a la dimensión espiritual, tal y como apunta Enrique González, «mi vida no es del mismo modo que *son* las cosas porque estas desconocen la intimidad, la amistad y el amor» [2016: 102, subrayado del autor]. La vida personal está ya en la famosa sentencia de Ortega: «Yo soy yo y mi circunstancia», no solo el escenario, el contexto, sino también el proyecto, la voluntad y la ilusión. Y Marías afirma que la valoración de la vida humana, desde ese punto de vista de la persona, es reciente en la historia de la filosofía.

Con esta base, la razón fundamental que le impulsa en esta escritura es la posibilidad de que sea útil en el futuro; que el pasado y el casi presente de los últimos años en su vida sean de provecho en un tiempo hacia el que se proyecta su escrito. No se trata solo de registrar el pasado sino de proyectar las experiencias pasadas hacia el futuro, y así en distintas ocasiones habla de la «fidelidad al futuro», y si el título incluye el término «presente» es porque referiría al momento de la lectura⁵.

⁵ De manera precisa Leticia Escardó señala en las memorias de Marías esa fidelidad, y acertadamente define su trayectoria vital y filosófica como «a contracorriente», como ejercicio de una libertad poco frecuente [Escardó, 2016: 196].

1. LOS PRIMEROS AÑOS

Dada la gran extensión del texto, voy a centrar el comentario en el primer volumen, que va de 1914 a 1951, pues se trata de años fundamentales y que además incluyen alguno de los más dolorosos infiernos por los que tuvo que transitar el escritor⁶. En este periodo veremos cómo el campo cultural varía drásticamente, según se sabe, y cómo el escritor después de la Guerra Civil se convierte en un exiliado interior y es acosado por algunos elementos del régimen o cercanos a él.

Y, en efecto, no puede separarse la visión que tiene Marías de la persona del proyecto de escribir sobre sí mismo: la vida del ser humano, en la articulación de pasado, presente y futuro, del por qué y el para qué, como señala en *Mapa del mundo personal*, le confiere un carácter argumental y dramático, y por ello no constituye un problema la utilización de medios narrativos para reflejar la vida de una persona. Y aquí debe señalarse la distinción que establece entre lo personal, lo psíquico y lo social. «El mundo personal se presenta como un entrecruzamiento de trayectorias argumentales y dramáticas y su sistema, es decir, ese mundo como tal, posee esos mismos caracteres» [1993: 23]⁷.

La imagen de intelectual de tranquila vida académica que podía ser comúnmente aceptada al final de sus días, tiene poco que ver con la realidad de la trayectoria vital de Julián Marías. Pero también hay que

⁶ Esta selección conlleva una limitación que espero completar en el futuro. En la bibliografía figura una parte de los trabajos que comentan sus memorias, casi siempre en relación con otras obras suyas. La Tesis de Pedro Chumillas da cuenta de las Tesis doctorales y libros dedicados a Marías en los últimos años. El último capítulo de esa Tesis señala la importancia de las memorias desde el punto de vista antropológico que desarrolla en su última etapa.

⁷ Aquí creo que podemos señalar cómo Marías se anticipa a las múltiples valoraciones que hoy tenemos de la «narración», desde las ciencias políticas a la terapia en psicología y psiquiatría. Se ha señalado que el estilo de Marías es más sencillo, menos metafórico que el de Ortega, porque su objetivo era la educación y la pedagogía, a pesar de no haber podido desarrollar una carrera académica.

añadir que el libro al que nos referimos parte de una reflexión sobre el fundamento de las escrituras del yo, pues Marías reconoce que toda vida es un arcano y que la propia es tan misteriosa para uno mismo como lo son las de los otros. La tensión entre pensamiento o reflexión y vida se presenta a lo largo de una de las obras mayores que nos dejó el filósofo, en que igualmente es consciente de que se expresa por la escritura y que se trata de un relato en el que la prosa no pueda alejarse de la verdad.

Merece la pena tener en cuenta que Marías da la fecha exacta en que empieza a escribir *Una vida presente*: un 14 de julio de 1988. Y, además, precisa que en ese momento cuenta con setenta y cuatro años, es decir, un número considerable que obliga a presentar un periodo de tiempo extenso, pero también un momento en el que su madurez, su capacidad reflexiva y una memoria prodigiosa le permiten dar cuenta de sus recuerdos hasta el tiempo cercano al presente. También debe señalarse que difícilmente alguien a quien le falte vitalidad puede acometer un texto que alcanzará las 900 páginas; una redacción que –según comenta el autor–, le sorprendió enormemente, por la facilidad en que terminaba una página tras otra, como si escribiera al dictado.

Cuando en los años sesenta, recogidos en el segundo volumen de la obra, comentaba alguna de sus obras, Marías señala, sin demasiada pesadumbre, que las traducciones a las que ha dedicado muchas horas desde su juventud le han permitido subsistir, pero le han dejado poco tiempo para la escritura de sus propias obras. Su optimismo persistente le lleva también a señalar que hay obras que no pueden acometerse demasiado pronto, que hace falta madurar no solo el contenido sino también el género, el tipo de escritura, la perspectiva de manera que parece aludir, entre otras, a la obra en que está enfrascado y que nosotros leemos.

El primer volumen es el que se ocupa de un arco cronológico más amplio, desde sus primeros recuerdos, desde su nacimiento en 1914, hasta 1951; va de los años más lejanos del presente de la escritura hasta el de 1951, que supone para el autor una cesura porque es en el que

va como profesor a Estados Unidos. En estas páginas se incluyen alguno de los días más dolorosos de su vida: la muerte de su hermano, la Guerra Civil, su prisión posterior, los años difíciles en que tiene que ganarse la vida como traductor y dando clases en una academia, procurando que su nombre no aparezca nunca en público, la muerte de sus padres y la de uno de sus hijos. A ello se suma la voluntad de escribir libros, que como señala José Luis Abellán, debían tener atractivo para el público en general, con las dificultades señaladas [2009].

Según hemos mencionado, como no puede ser de otra manera, en las páginas introductorias de estas memorias el escritor se refiere a sus concepciones sobre la vida, aunque sea de manera sucinta:

Pero, sobre todo, la vida no es solo lo que *se ha hecho*; es, y muy principalmente lo que no se ha hecho pero se ha deseado, pretendido, intentado hacer y ser. He insistido largamente desde hace ya muchos años, sobre el concepto de *trayectorias*, ciertamente en plural, como estructura de nuestra vida [1988: 11; subrayado del autor].

Y efectivamente este es un concepto clave de su pensamiento y que apunta la complejidad de trasladar la vida al papel, de resumirla: si no aparecen, si no se registran esos sueños, deseos, que nunca se materializaron, para Marías, una biografía o autobiografía es insuficiente, no completa la figura que se quiere retratar, y se aproxima a un descarnado *curriculum vitae* que deja fuera lo más importante de cualquier vida. Javier Marías, el hijo novelista, ha tenido en cuenta este concepto y en sus obras de madurez, en *Tu rostro mañana* (2002-2007), y en otras novelas, también insiste en la necesidad de considerar no solo lo que ocurre, sino también, con el mismo relieve, lo que se sueña o se desea, y lo que no llega a ocurrir, con la intención de intentar que la representación no resulte insuficiente. De esta forma pasan a formar parte, al igual que los hechos, la memoria y la imaginación, los deseos y sueños que nunca se materializaron, pero que fueron la realidad del sujeto, algo que realmente vivió.

La importancia que atribuye a la infancia en su concepción es perceptible en múltiples lugares. Dice en *Mapa del mundo personal*:

infancia: la dependencia del hombre desde que nace, la ayuda que necesita, hacen que sea fundamental en su vida la convivencia, la familia, y esto les ha ocurrido igual a los padres. Este núcleo es el que hay que situar en el comienzo de la persona. De manera que lo que hay que subrayar es la dimensión social del ser humano [1993: 22].

A la infancia más remota le dedica una atención en la que se mezclan dos impulsos. El primero sería la búsqueda en los recovecos de la memoria, lo que quizá no ha recordado en mucho tiempo: lugares en Valladolid, familiares, objetos, relaciones de su familia, a veces solo el nombre de unos empleados que trabajaban con su padre, que como en un centelleo reviven unos segundos para después desaparecer. Y también se une al esfuerzo memorístico, la voluntad de explicar un contexto personal y social, de mostrar su «circunstancia»: un entorno de clase media o media alta en que no faltaba el dinero, aunque no fueran ricos. Una comodidad en que las buenas relaciones de sus padres y otros familiares con él y con su hermano suponen un medio óptimo en que se puede desarrollar su vida personal. En consecuencia, la gratitud será una constante que se repite a lo largo de esta obra y que se origina en sus convicciones más profundas y así en esta etapa subraya la enorme gratitud que siente hacia los que le han enseñado, con quienes ha conversado y con quienes se relacionó tanto en su etapa escolar y universitaria como en los años posteriores (los cursos en la Universidad Menéndez Pelayo, luego los cursos en Soria, los encuentros en Gredos, etc.).

Aparecen en escorzo sus primeros años en Valladolid en el parque cercano a su casa, algunos niños a los que conoce, unas relaciones sencillas que se unen a las que mantiene con el mundo adulto⁸. Y ya

⁸ Los espacios urbanos (centro de Valladolid, Campo Grande) son en muchas ocasiones también los de la infancia de Miguel Delibes, seis años más joven que él.

desde aquí podemos señalar otro rasgo que se mantiene a lo largo de estas memorias: puede equivocarse en un nombre, en una fecha, en una interpretación de un hecho, pero son siempre detalles menores que no invalidan su voluntad de contar su verdad⁹.

Y hay que añadir que esa primera infancia en Valladolid será el paraíso perdido pues por los azares de la economía, en los años veinte, su padre perderá los medios que había acumulado mientras era representante de la banca Jover en Valladolid. Si bien siempre manifiesta su gratitud, admiración y respeto hacia el padre, en el episodio dedicado a su ruina utiliza algún adjetivo en el que incluye una crítica (matizada) por su falta de previsión o su excesiva confianza. Y este suceso, además, coincide con la enfermedad de su hermano, una tuberculosis que resultará fatal.

Cuando titula un capítulo «Aparición de lo público», y cuando aparezca posteriormente lo público, indica la relación con el mundo exterior, en este caso, que a partir de muy temprana edad empieza a prestar atención al mundo que le rodea, a la realidad nacional e internacional que le llega a través de noticias (en la radio, en las conversaciones de los mayores) y que suponen que su realidad deje de tener los estrechos límites de la familia, y el círculo de amigos y conocidos. Se trata de una época especialmente convulsa, de la que recuerda el asesinato de Eduardo Dato, la guerra de Marruecos, la dictadura de Primo de Rivera, sobre lo que le llegarían algunos ecos:

También se hablaba de «separatistas», especialmente catalanes a veces vascos, llamados sobre todo «bizcaïtarras». Mi visión de los asuntos políticos era entonces sumamente vaga, como corresponde a un niño de siete años, un poco menos quizá, por mis largas conversaciones con mi padre [1988: 36].

⁹ Entre otros lugares, en una entrevista al final de su vida le dijo a Leticia Escardó que de lo que estaba más orgulloso era de haber dicho, desde su infancia, siempre la verdad.

Según apunta, la precocidad que manifiesta hablando en muy temprana edad, aprendiendo a leer él solo, y en otras actividades a lo largo de su infancia, parece que le llevan a exigirse más de lo que correspondía a su edad. A partir de aquí el relato se eslabona en la alternancia de lo personal y lo público, si bien este segundo aspecto suele ser más breve y tiene como función suministrar al lector el contexto preciso.

Dedica algunas páginas a la educación en el hogar, luego al colegio en Madrid y al Instituto (1923-31), y a pesar de subrayar que la pedagogía se basaba en el castigo físico, muestra su satisfacción: nos dice que adoraba a su primer maestro y también, un detalle que merece recordarse, es que el libro de lectura que tuvo su generación es el mismo que otras generaciones leyeron en los primeros años de colegio: el libro era *Corazón (Cuore)* de Edmundo de Amicis (1886)¹⁰. Es interesante su recuerdo del camino que recorría para ir al colegio y al Instituto Cardenal Cisneros, pues atravesaba el centro madrileño, las calles de Hortaleza, Fuencarral, Hernán Cortés. Y hay que recordar que ese espacio urbano, durante aquellos años, tenía más bien un ambiente de pequeño pueblo, más cercano al que reflejan el último Galdós o Max Aub en *La calle de Valverde* (1961).

En distintos lugares, el relato salta del pasado al presente y recoge opiniones curiosas y a veces conflictivas, como, por ejemplo, disertar sobre el hecho de que a su padre no le gustaban las mujeres maquilladas pues decía «En una mujer pintada veo siempre un impostor» [1988: 57], para, a continuación, añadir que, sin embargo, su propia experiencia le mostró la imprecisión de ese juicio. En distintos detalles como ese, a veces nimios, vemos cómo alcanza una conciencia crítica que no solo sopesa los juicios de su padre o de otros adultos, sino también de su experiencia subjetiva, aunque en ocasiones dará lugar a pa-

¹⁰ Creo recordar que también se menciona en las memorias de Pedro Laín Entralgo, algunos años mayor que Marías. También este fue el primer libro que se leía en muchos colegios españoles durante los años sesenta.

radójicas conclusiones: la falta a las clases de religión, nos dice, sería posiblemente la causa de que mantuviera «mi fe intacta».

2. LA UNIVERSIDAD

Entre los capítulos que más atención le merecen, reflejo de su circunstancia, y que tiene gran interés para el lector, están los dedicados a su llegada a la Universidad y sus años de estudio en ella. Comenzó sus estudios universitarios en el curso 31-32, en Ciencias, cuando todavía la universidad estaba en la calle San Bernardo, pero muy pronto descubrió su vocación filosófica. En esas páginas, como en otros lugares, vemos que no quiere entrar en pormenores que aprecien quienes conozcan la época, sino que su receptor es un lector común, no un especialista.

En el conjunto de las memorias, podemos ver que el autor distinguiría tres temporalidades: la primera lejana, imprecisa, en la que cuenta tanto o más los recuerdos propios como los de los demás, las informaciones que le pudieron transmitir con posterioridad los mayores. Una segunda estaría formada por la vida adulta desde la universidad y que incluiría no solo la mitad de su vida (que fecha hacia los 31 años) en que comenzaría su «verdadera vida», junto a Dolores Franco, y, en tercer lugar, ya en una temporalidad distinta a partir de mediados de los años setenta. Así, en el prólogo del volumen III señala que, a diferencia de los volúmenes anteriores, en este ha cambiado su punto de vista, pues la perspectiva desde la que narra no tiene que dar cuenta de un pasado lejano y a veces impreciso sino de un tiempo, los últimos 15 años, que son casi presente, que se aproximan a ser un presente. Pero además hay un hecho que determina la última parte de su vida, la muerte de su mujer, Lolita, tantas veces citada y tantas veces protagonista de este relato. Si el problema de la autobiografía es la reconstrucción del yo, la captación de lo que cambió o lo que permaneció, hacia

finales de los setenta se trataría de otro sujeto con otro horizonte de vida. Durante muchos meses sintió que era un superviviente que tenía que buscar el auténtico motor de la vida que es la ilusión, que había perdido tras aquella desaparición, y su respuesta, no mucho tiempo después, fue embarcarse en una labor constante tanto en la escritura de su obra como en otras actividades.

Los profesores que tuvo a comienzos de la década de los treinta forman parte lo que se ha denominado la Edad de Plata. Marías no regatea elogios y considera que han resultado fundamentales en su vida. Para él se trataba de la mejor Universidad de Europa: Xavier Zubiri, José Gaos, José Montesinos, Rafael Lafuente Ferrari, Manuel García Morente y, por supuesto, José Ortega y Gasset, forman un conjunto hacia el que expresa la mayor admiración. Es importante subrayar las distintas disciplinas que estudia, las lecturas adicionales que realiza, tanto en ciencias como en humanidades y en distintos idiomas, lo que nos muestra una formación poco común.

El relato se problematiza, casi como un argumento, pues la vida no es un hecho aislado, bien delineado, unilateral, sino que, como indica su concepto de «trayectorias», tenemos que considerar la pluralidad de lo que se imaginó, se proyectó y lo que no ocurrió. Salta con facilidad desde el pasado hasta el presente de la enunciación porque, como le habían enseñado sus maestros, el tiempo no se divide en compartimentos estancos y el acto de escritura/lectura nos permite acercarnos cincuenta o cuarenta años después a lo que fue, a lo que pudo ser y a lo que incorporaba el futuro.

En ocasiones, su lenguaje nos recuerda al voluntariamente arcaizante que utiliza su hijo Javier en alguna de sus novelas, y muestra su voluntad de no detallar el ámbito íntimo más allá del decoro. Dice «Mi interés por lo femenino...» al hablar de su educación sentimental y textualizar lo que supuso para él el descubrimiento del atractivo sexual. Pero Marías padre, apenas detalla una experiencia que caracterice ese descubrimiento y siempre utiliza una perspectiva indirecta: el cor-

te de pelo a lo *garçon* que privaba a una mujer de la belleza de su cabello, por otro lado, muestra lo que hasta entonces desconocía: la belleza de la nuca. La intimidad es un ámbito que queda limitado en su exposición, sus peculiaridades no deben exponerse en público, y por ello no es extraño que acepte que su visión es «idealizada». Cuando nos hable del comienzo de su matrimonio distinguirá entre «intimidad corporal» e «intimidad personal», que ya existía en su caso desde mucho tiempo antes y que tienen que ver con la verdadera comunicación de una pareja.

Son dos los hechos que le impulsan hacia la filosofía y que cambiarán su vida: la lectura de *Notas* de Ortega, a los 15 años, que será el poso al que luego se sumen el curso de Zubiri del año 31-32 y las clases de Ortega, y los mencionados García Morente, Gaos, etc. En ese contexto es en el que traba una intensa amistad con Dolores Franco, Lolita. Pero no se trataba inicialmente de amor, según afirma. La nueva universidad, cuando se traslada a la Ciudad Universitaria, supone un nuevo contexto que le ofrece un espacio semejante al de otras universidades en Europa y América, y que, por ejemplo, les permitía a él y a otros estudiantes, al acabar las clases, volver desde la Facultad de Filosofía y Letras hasta Moncloa dando un largo paseo con sus compañeros, Ortega y algún otro profesor.

No cabe duda de que son distintos factores los que motivan qué se narra y con qué detalle. Y así, puede parecer sorprendente que ocupe poco espacio el cruce por el Mediterráneo en el verano de 1933, en el que participó con otros estudiantes y profesores, aunque probablemente sea así por haberle dedicado su primera publicación¹¹. Aquí apenas se presenta en un resumen esquemático, donde menciona alguno de los pormenores significativos, subrayando que para él (que

¹¹ En 2011 su texto sobre el viaje fue reeditado por Daniel Marías, Francisco Javier Jiménez, con un epílogo de Javier Marías. La meritoria edición se publica en *Páginas de Espuma*, responsable también de la segunda edición de las memorias.

cumple 19 años en el trayecto)¹² y otros coetáneos suyos supuso una experiencia de enorme valor formativo: procedía de una nueva visión de la educación, que había contado con el apoyo del entonces Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, Manuel García Morente, y el de Ortega, Marañón y otros intelectuales. El recorrido los llevó por Túnez, Egipto, Tierra Santa, Creta, Italia, lo que a los jóvenes les permitía ver lo que antes habían leído o visto en láminas, acompañados por profesores entusiastas. Y, no obstante, creo que se debe subrayar una de estas páginas porque tiene una importancia personal:

En Belén, en Jerusalén sobre todo, revivía mi fe siempre viva, con dudas de muchacho pensativo, meditabundo, a las que dejaba existir, con la esperanza de que, sin violencia, se clarificarían y disiparían, sin estar nunca dispuesto a tirar por la borda, frívolamente, esa fe a la primera dificultad. Cuando estuve en el Santo Sepulcro recapitulé mis diecinueve años en una plegaria: «Dios mío, dame una vida intensa y llena de sentido cristiano». No se me ocurrió pedir otra cosa [2008: 103].

Son las últimas palabras dedicadas al viaje y aunque parece establecer cierta distancia respecto a aquel momento, refieren a un ámbito privado que resulta fundamental en su vida: la experiencia de la fe y la búsqueda de un sentido cristiano, lo que no resultaba incompatible con la reflexión filosófica, según había comprobado poco antes en figuras como Xavier Zubiri, además de en los libros.

Esa experiencia interior y sus convicciones van a resultar explícitas en publicaciones posteriores, pero en aquellos años se ocupa de lecturas, estudios y traducciones y prólogos que le encargan Ortega y otros y que le producen una enorme satisfacción, al igual que las primeras clases que da para un grupo de compañeras en la Residencia de Señoritas, a las que explicaba historia de la filosofía y que luego oficializaría

¹² A lo largo sobre todo de la primera parte del relato de su vida, existe un decalaje entre sus experiencias y la edad del escritor, que siempre le parece al lector mayor de la edad que tenía.

María de Maeztu.

Por lo que vemos en el reflejo de aquellos años, desde comienzos de la II República, destaca la atmósfera poco politizada en la que vive la universidad, y solo poco después cuando ya se refleja la proximidad de la Guerra Civil, vemos que la vida personal se ve inmersa de manera irremediable en la vida pública. Por un lado, hay que recordar la conocida influencia de su maestro, de Ortega y otros intelectuales en el apoyo a la República, pero también vemos que no refleja ansias revolucionarias en lo político y que se sitúa en cierta equidistancia respecto a los dos bienios iniciales de ese periodo, el «rojo» y el «negro».

En su temprana formación hay que sumar también su estancia en la recién creada Universidad Internacional Menéndez Pelayo. En las páginas que le dedica señala la relación que trabó con varias jóvenes que colaboraban con Pedro Salinas en la organización de los cursos y que en algunos casos no pudo mantener porque tuvieron que exilarse por la Guerra Civil. Una de ellas, Carmen Ortiz de Zavallos, pronosticó que se casarían Lolita y él, a lo que ambos respondieron con una rotunda negativa. Al volver esa joven a vivir a Perú su contacto ya fue esporádico, tanto en aquel país como en España, pero su recuerdo compone una de las limitadas efusiones que se permite el narrador. Comenta que murió «hace ya un par de años, tan alerta y graciosa, tan culta y cariñosa como cuando era joven, y la echo de menos a pesar de tan largas ausencias y tan breves y espaciadas presencias» [2008: 150-151]. Probablemente en estos pequeños detalles, que en apariencia no revisten mucha importancia, sobresale la dimensión personal que le interesa a Marías, no la simple enumeración de hechos y, en especial, lo importante, según se ha dicho, que es para él la amistad.

No parece necesario extenderse en lo que suponían aquellos cursos de verano en Santander, el encuentro con maestros como Unamuno, y otros profesores de distintos países y especializadas, como Jacques Maritain, Johan Huizinga o Wolfgang Köhler, y junto a ellos, el contacto con jóvenes como Dámaso Alonso, Gerardo Diego o Antonio Ma-

richalar, entre otros. Todo ello, huelga decirlo, conectaba con el impulso de Ortega para europeizar España, para que los aires del norte sacudieran las raíces de la cultura nacional y se situaran en el lugar que le correspondía. No cabe duda de que en ellos está parte de la inspiración que le sirve a Marías para organizar los cursos de verano en Soria entre 1972 y 1977, en los que encontramos también figuras de primer nivel.

3. ALGUNAS CONSECUENCIAS DE LA GUERRA

Refiriéndonos muy brevemente a la esfera pública, tras la dictadura de Primo de Rivera, destaca que, frente a lo que ocurre con otras figuras, no critica al rey Alfonso XIII, y que también en 1931, cuenta su contenida celebración de la llegada de la República de manera sincera, pero sin explosiones emocionales. Desde la distancia recuerda las esperanzas que sintieron miles de ciudadanos, sin olvidar el apoyo de la Agrupación al Servicio de la República que fundaron Ortega, Marañón y Pérez de Ayala. Añade para que no quede duda, que los historiadores argumentarán e investigaran sobre estos hechos, pero él da constancia de cómo lo vivió y esa posición de testigo es la que mantiene a lo largo del relato.

Marías presenta el contexto previo a la Guerra Civil española sin buscar perspectivas novedosas y enfatiza la preocupación que, según avanzan los años 30, manifiesta Ortega, que tanto había apoyado la República, los elementos perturbadores como la negación mutua de izquierdas y derechas, la polarización que conlleva la negación de valor y legitimidad al adversario. Sabemos que la terrible Guerra Civil supondrá una desastrosa experiencia personal que no podía prever y se da cuenta de que a partir de aquel momento lo que denominaba dimensión pública afecta de manera distinta la dimensión personal sin que ya sea posible mantenerse solo en esta última. El pasado constituía

una burbuja, primero la privada del niño y luego en la etapa educativa del bachillerato y universitaria, pero la influencia de la Historia hará que el individuo ya no pueda limitarse solo al ámbito privado.

Aunque estas memorias se leen como si fuera una novela, por el talento de su autor, en algunas secciones sobresale el tono de la narración. Obviamente hay un fuerte contraste entre los años anteriores a la guerra en que comienza su formación universitaria y entra en contacto con Ortega y otros maestros y amigos, según se ha señalado. Y debe señalarse que ni en los años de la guerra ni en la posguerra nunca intenta hacerse pasar por lo que no era: siempre defenderá una posición liberal, aunque colabore con socialistas como Besteiro; y lo seguirá siendo en la posguerra, sin manifestar su adhesión al régimen, lo que habría mejorado su vida de manera inmediata.

Además de la tragedia colectiva, la guerra para él supone hechos tan tristes como la muerte de su madre y la ejecución inexplicable del hermano de Lolita y la novia de este. Sufrir los bombardeos, la muerte que inunda la ciudad de Madrid durante casi tres años, el hambre y la incertidumbre, contado siempre desde el lado republicano, pues del otro solo tenía noticias puntuales (y lo que luego pudo leer o conocer con posterioridad). En mi opinión destacan las páginas dedicadas al final de la guerra, a los días de marzo que transcurren desde el golpe del coronel Segismundo Casado, hasta que las tropas nacionales ocupan Madrid y los meses siguientes¹³.

Después del golpe de Casado, el 5 de marzo de 1939, comienza una etapa de colaboración con Julián Besteiro que representa para él lo más valioso de la República, incluso en sus últimos estertores. Marías señala que esta etapa, en la que redacta artículos y comunicados que se leen por radio para argumentar la necesidad de poner fin a la guerra, es una de las cosas de las que se siente más orgulloso. Su experiencia

¹³ Véanse las páginas que dedica a esta etapa Ernesto Baltar en *Julián Marías: La concordia sin acuerdo* (2021).

en esas semanas no incide en la pavorosa incertidumbre en que se vivía, no solo con la guerra, sino con la contienda dentro de los republicanos entre «casadistas» y comunistas y partidarios de Negrín (otra Guerra Civil dentro de la Guerra Civil), de manera que solo caminar por cualquier calle del centro era una arriesgada aventura. Para realizar un breve recorrido eran necesarias horas, en previsión de los encuentros con adversarios que podían darse en distintos lugares de la ciudad.

El final de la guerra no supone el final de todos los padecimientos, como a tantos otros, puesto que pronto se entera de que un amigo, antiguo compañero de colegio y universidad, organizó una campaña contra él y que, entre otros, había conseguido el apoyo de un profesor que destacaba por su fanatismo. Marías no da nombres, pero hoy no cuesta mucho encontrar que la traición provino de un tal Carlos Alonso del Real y que el profesor era Julio Martínez Santa-Olalla. Aunque sabemos tanto por su testimonio como por numerosas voces que no intervino ni siquiera en un combate, que alcanzó el grado de soldado y que su actitud fue la de una defensa de la legitimidad de la República, el 15 de mayo del 39 fue detenido, trasladado a una prisión provisional en Arguelles y más tarde a otra en la calle de Santa Engracia, un lugar en el que se daba, en general, un trato más humano que en su primer cautiverio.

Resulta sorprendente que cuando han transcurrido casi 50 años recuerda el nombre de varios reclusos que compartieron ese presidio con él e igualmente recuerda el nombre, aunque lo omite, de uno de los oficiales responsables que tenía «una tendencia al sadismo» [1988: 201].

Alguno de los recuerdos de aquellos meses nos muestra el temple del escritor:

El director de la prisión me pidió que diera una serie de conferencias a todos los presos, reunidos en el gran patio central. Pensé de qué `podría hablar, sin libros y de modo que el tema no aumentase mi posible condena.

Decidí tratar «Los descubrimientos geográficos» Tuve inmenso éxito: desde entonces mi vida de conferenciante es una decadencia. Todos me conocían. Muchos meses después me encontraba a veces en la calle a un tipo que se me acercaba sonriente y me daba un fuerte apretón de manos. «¿Cómo está usted?», me preguntaba. Yo contestaba: «¿Santa Engracia 134?» No fallaba; y se marchaba descándome todo género de venturas [1988: 202].

Además de la ironía sobre su carrera de conferenciante, destaca el tono en el que recuerda parte de los meses que estuvo detenido, cuando solo la intervención de la familia de Ortega, Salvador Lissarrague, Camilo José Cela y otras personas influyentes, consiguió que no tuviera una condena mayor y pudiera salir de la cárcel. Lo dramático del cautiverio también queda resumido en breves detalles que contrastan con el párrafo citado y, por ejemplo, señala que pudo ver como, por razones nimias, los guardianes dispararon y mataron a dos reclusos.

El relato es equilibrado, sin rencor, y muestra una serenidad que es una constante, según se ha visto, pero no puede dejar de protestar por la represión posterior a la guerra, en la que se mezclaron las venganzas personales y que, en su opinión, fue uno de los hechos que retrasó la consecución de la reconciliación nacional. Su breve descripción de los consejos de guerra llevados a cabo en aquel tiempo muestra la casi absoluta indefensión que sufrió y recuerda con una cierta ironía los tales juicios en los que el abogado defensor no tenía tiempo ni de leer los expedientes, y en los que el juez rechazaba todos los testimonios que podían exculpar al acusado.

Marías, ya antes de la traición, no se engañaba con respecto a su futuro. Pero nadie podía calcular las consecuencias de sus simpatías republicanas de manera tan visible como poco importante (con la excepción de los días de marzo citados) y sin haber cometido ningún delito¹⁴. La anécdota sobre el método en que consiguen darle el premio ex-

¹⁴ Hay que recordar que, entre otras lindezas y sin aportar ninguna prueba, se le acusaba de haber publicado en el diario Pravda.

traordinario de Licenciatura, entreteniendo García Morente al mensajero que llevaba el veto, hasta que el resto del tribunal lo hubiera concedido, ya le daba una idea. Será el único cuyo nombre no se haga público al día siguiente, como si nadie hubiera recibido el premio. Poco después, en 1942, le suspendieron en la defensa de su tesis doctoral, a pesar de los esfuerzos de García Morente, lo que confirmaba que las puertas de la universidad iban a estar cerradas mucho tiempo¹⁵. Luego, como ese día de la semana tenía la costumbre de merendar con su mujer, no dejó que lo ocurrido estropease ese momento, pues, nos dice, «lo importante es lo importante».

Destaca esa ausencia de rencor, su serenidad, esa fuerza que sin duda proviene de su mujer y de su fe, de manera que su constante carrera de obstáculos y amenazas, la huida precipitada de muchos amigos, el exilio de Ortega, los trabajos en academias y las traducciones, no le impiden dar algunas clases de filosofía a un grupo reducido gracias a no ser público y no celebrarse en la Universidad, sino en un centro denominado Aula Nueva que, al no poderse utilizar su nombre, figuraba como dirigido por Soledad Ortega. En la primera década de la posguerra, tanto en la vida cotidiana como en la cultural, señala las injusticias que se cometieron con la represión, pero rechaza la simplificación y recuerda que distintos personajes como Dionisio Ridruejo, Luis Rosales y otros estaban abiertos a los disidentes y así se podía ver en revistas como *Escorial*. Utilizando la terminología de Pierre Bourdieu, podríamos decir que Marías sabe que mantiene cierto «capital cultural», pero que es un capital «no convertible» en el nuevo régimen y cuenta, sobre todo, con una situación de rechazo por parte del mundo académico y oficial. La situación en la que vivirá será la de una ca-

¹⁵ Rodríguez Milán da cuenta de la agria polémica que, en 1999 tras un artículo de Javier Marías, enfrentó a este con la familia del filósofo José Luis Aranguren y con Javier Muguerza, a la que se unieron otros nombres, y en la que se discutía la colaboración y participación en la élite de la cultura franquista de distintos intelectuales y escritores [Rodríguez Milán, 2018: 87 y SS].

rencia de independencia económica que resulta un impedimento para cualquier actividad cultural o filosófica [Bourdieu, 1999: 31 y SS].

4. DIFICULTADES MATERIALES Y PLENITUD PRIVADA. PRIMERAS CONCLUSIONES

Cuando finalmente Lolita Franco acepta casarse con él, comenzará la «verdadera vida». Añade que tenía la impresión de que sus 27 años habían sido solo «el preludio de mi vida» [1988: 233]; lo improvisado y lo precario de su situación puede resumirse cuando señala que el viaje de novios fue a León porque era el lugar para el que había billetes de tren en el momento en que llegaron a la estación.

Esta etapa de su vida, tras la plenitud que supone su matrimonio y convivencia con Dolores Franco, se ve de nuevo rota por las desgracias que les suceden. Primero la muerte del padre, que se temía desde tiempo antes, pero también la de su hijo pequeño, Julianín, de manera inesperada, por una infección fulminante, que será para sus padres una pérdida que sentirán toda su vida. Luego, los cambios que se producen en los años cincuenta suponían nuevos horizontes para el país y para los Marías, pues él ha aceptado ir a dar clase al Wellesley College, cerca de Boston, y allí se mudará toda la familia.

No se puede dejar de mencionar el hecho de que en *Una vida presente*, al margen de los prólogos a cada volumen, apenas encontremos unas pocas alusiones a sus ideas filosóficas, o incluso a las de Ortega. No trata de divulgar en este formato ideas filosóficas y, sobre todo, se refiere a las condiciones materiales, a las dificultades que encuentra, al apoyo de editores y amigos, a la persecución que sufre desde las esferas oficiales, pero también señala que en lo esencial, sus libros, sus escritos, estaban pensados para leerse a su mujer, no solo por sus conocimientos filosóficos y su criterio, de manera que podemos establecer su fundamental carácter comunicativo, de diálogo con el otro [1988:

269]. También, desde el momento en que escribe, valora especialmente dos libros en que relata la respuesta de su querido maestro: así, en el primer viaje a Lisboa Ortega le confiesa que no quiere leer su *Miguel de Unamuno* (1943), por lo mucho que ha luchado con aquel. Y, en segundo lugar, aunque la *Introducción a la filosofía* la ha editado en *Revista de Occidente*, Ortega le dice que tampoco quiere leerlo:

Es un libro demasiado importante, los dos estamos haciendo nuestra filosofía, y no es bueno que me perturbe, ni yo a usted con mis comentarios. Está muy bien: he leído el índice y he visto el efecto de su lectura en mi hijo José: con eso basta [1988: 270].

Dada la satisfacción lógica que le producía que el maestro leyera sus obras no cabe duda de que ambos casos sentiría cierta perplejidad. ¿Se trataría de lo que Harold Bloom denominó para la tradición poética «ansiedad de influencia»? No parece que aquí, al igual que en otras circunstancias, falsee las palabras del maestro.

Creo que ya he mencionado que la falta de énfasis al narrar la vida, sin buscar el primer plano, es consustancial a su obra puesto que es necesario dar cuenta de las circunstancias, que no son algo abstracto, sino que refieren a familiares, amigos o personas con las que entramos en contacto.

En resumen, puede afirmarse que Julián Marías quiere dejar un testimonio personal, no porque se crea importante sino porque puede dar cuenta de unos hechos extraordinarios, la cultura y la universidad españolas hacia comienzos de siglo y de los más nefastos de la historia del siglo XX, la Guerra Civil y sus consecuencias. Su vocación intelectual, académica y profesoral, se vería fuertemente lastrada casi desde su inicio, aunque podría haber dado un giro completo si hubiera mostrado su adhesión al régimen, lo para él sería una mentira inaceptable pues su lealtad, a pesar de los pesares, estaba con la República. De lo que vemos que se siente más satisfecho, además de reconocer la satis-

facción que le producen sus primeras publicaciones, es de su colaboración con Julián Besteiro, que encarna para él las virtudes republicanas, que le podría haber acarreado las peores consecuencias¹⁶.

Si hiciéramos una lectura posmoderna de las décadas iniciales en estas memorias podríamos subtitarlas irónicamente con las palabras del último Friedrich Nietzsche en *Ecce Homo* (1888), *Cómo se llega a ser lo que se es, Wie man wird, was man ist*, pero afortunadamente Marías no se siente, cien años después de la última publicación del filósofo, rechazado e ignorado, ni cree que sea necesario valorar su trayectoria intelectual y, contrariamente, Marías siente que ha estado y está a hombros de gigantes.

BIBLIOGRAFÍA

- ABELLÁN, José Luis (2009): «Julián Marías: un exiliado interior a su pesar», en *Una vida presente: estudios sobre Julián Marías*, coord. A. Pérez Quintana, y L. M. Pino Campos (Santa Cruz de Tenerife, La Laguna: Universidad de La Laguna), 15-23.
- BALTAR, Ernesto (2021): *Julián Marías; la concordia sin acuerdo*, Madrid, Gota a Gota.
- BERTRÁN, Santiago (2019): «La visión responsable de Javier Marías: Una narrativa entre el pensamiento literario de Javier Marías y la literatura como reconocimiento de Marcel Proust», *Artes del ensayo: Revista internacional sobre el ensayo hispánico*, 3: 215-244.
- BOURDIEU, Pierre (1999): *Meditaciones pascalianas*, Barcelona, Anagrama.
- CHUMILLAS ZURRILLA, Pedro (2017): «La vida biografía de la persona en Julián Marías», *Cuadernos Doctorales de la Facultad Eclesiástica de Filosofía. Excerpta e Dissertationibus in Philosophia*, 27, 293-371.
- ESCARDÓ, Leticia (2016): «A contracorriente: Una constante ética, estética y vital en Julián Marías», *Scio. Revista de Filosofía*, 12: 195-204.

¹⁶ Marías recuerda que Ortega fue al único que votó en unas elecciones. Otro episodio digno de recordar es su respuesta cuando algunos querían incluir las obras de Ortega en el Índice: escribe contrarreloj *Ortega y tres antípodas*, que pudo publicarse en Buenos Aires en 1950.

- GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, Enrique (2016): «La vida como realidad radical en el pensamiento de Julián Marías», *Revista de Filosofía*, 12: 97-123.
- LAÍN ENTRALGO, Pedro (1976): *Descargo de conciencia (1930-1960)*, Barcelona, Seix Barral.
- MARÍAS, Julián (2011): *Notas de un viaje a Oriente*. Diario y correspondencia del Crucero Universitario por el Mediterráneo de 1933, eds. D. Marías, y F. J. Jiménez; epílogo de J. Marías, Madrid, Páginas de Espuma.
- ____ (2008): *Una vida presente. Memorias*, Madrid, Páginas de espuma [2ª ed.].
- ____ (1993): *Mapa del mundo personal*, Madrid, Alianza.
- ____ (1993b): *Razón de la Filosofía*, Madrid, Alianza.
- ____ (1988): *Una vida presente. Memorias 1*, Madrid, Alianza.
- ____ (1970): *Antropología metafísica*, Madrid, Revista de Occidente.
- RODRÍGUEZ MILÁN, Roberto (2018): «La traición de los intelectuales y los intelectuales traicionados: el caso Julián Marías», en *Acta Lassyensia Comparationis*, 21: 81-92.

